

III. SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL
ILMO. SR. D. JOSÉ M^a. ORTIZ JUÁREZ

INTERVENCIÓN DEL DR. D. ANTONIO CRUZ CASADO

"Dejad los libros ahora, Señor licenciado Ortiz" (Los estudios sobre Góngora de José María Ortiz Juárez)

Hay un romance de Góngora, fechado en 1590, cuyos versos iniciales sirven de título a esta reflexión necrológica, en el que nuestro poeta se dirige a un licenciado Ortiz haciéndole confidente de una peregrina historia sentimental, a medio camino entre lo amoroso y lo burlesco. Se ignora quien fuese el inmediato receptor amistoso del poema, aunque se apunta que pudo ser un licenciado Ortiz de la Real Chancillería de Granada u otro de la Chancillería de Valladolid⁽¹⁾. Como tal nombre no encubre en esta ocasión a ninguna persona conocida, ¿es posible que don Luis pensase en el futuro licenciado don José María Ortiz Juárez como hipotético destinatario de su poema? No lo sabemos, pero es una dedicatoria que no debemos rechazar de plano, al menos en el terreno hipotético de una acronía utópica.

En contrapartida, sí estamos seguros de que el profesor Ortiz Juárez fue uno de los grandes lectores e intérpretes cordobeses del gran poeta barroco, hasta el punto de que sabía de memoria y puntualmente grandes tiradas de versos de los poemas mayores, si es que no los sabía completos, cosa que nos parece probable, junto con una amplia selección de sonetos, romances y letrillas. De él se podría afirmar lo que, en elogio hiperbólico, dijo Cervantes del lucentino Luis Barahona de Soto:

Tejed de verde lauro una corona,
pastores, para honrar la digna frente
del licenciado Soto Barahona,
varón insigne, sabio y elocuente.
En él el licor sancto de Helicon,
si se perdiera en la sagrada fuente,
se pudiera hallar, ¡oh estraño caso!,
como en las altas cumbres del Parnaso⁽²⁾.

Queremos decir que, si se hubieran olvidado los versos de Góngora por cualquier motivo, se encontrarían vivos y exactos en la memoria de nuestro preclaro académico, de la misma manera que, ya en el terreno de la ficción literaria, en *Fahrenheit 451*, de Ray

¹ Cfr. Luis de Góngora, *Romances*, ed. Antonio Carreira, Barcelona, Quaderns Crema, vol. I, p. 511 y notas correspondientes a estos versos.

² Miguel de Cervantes, *La Galatea*, ed. Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy, Madrid, Cátedra, 1995, p. 578. Sobre el escritor lucentino cfr. ahora *Luis Barahona de Soto y su época*, ed. Antonio Cruz Casado, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2001.

Bradbury, un grupo de supervivientes humanos guardaba en su memoria las obras inmortales para transmitir las a un futuro esperanzador y humanista en que no se quemaran los libros.

De esta admiración y asimilación textual gongorina por parte de don José María dan fe sus variadas intervenciones en esta Real Academia en los actos conmemorativos del Día de Góngora, mientras fue Presidente del Instituto de Estudios Gongorinos, así como sus numerosos artículos y estudios sobre la figura y la obra del cordobés, sobre la importancia que adquiere en su momento, sobre su proyección en la literatura posterior, en los que siempre dejaba ver "la madurez insigne de su conocimiento", que diría Lorca a propósito de otro evento igualmente triste, de una calidad similar al que hoy nos reúne. El fervor gongorino del profesor Ortiz Juárez se ha concretado para la posteridad (*verba volant, scripta manent*), en frecuentes publicaciones periodísticas, muchas de ellas recogidas luego en volúmenes editados a finales del siglo pasado. Entre éstos se encuentran *Córdoba en unas notas*⁽³⁾, de 1987; *Cordobeses en unas notas*⁽⁴⁾, de 1995, e *Hilar la memoria de Góngora*⁽⁵⁾, de 1997.

Desde el punto de vista cronológico, estos estudios abarcan unas dos décadas, las que van desde 1980, aproximadamente, hasta los albores del nuevo milenio.

Pretendemos en esta evocación dar una somera idea de estos artículos, que vieron la luz primera de la imprenta en las páginas de diarios, revistas y publicaciones locales, como el diario *Córdoba*, *Córdoba en Mayo*, *Alto Guadalquivir* o nuestro *Boletín de la Real Academia de Córdoba*.

Las calas en la vida y en la obra de Góngora son variadísimas y en ellas el crítico se ocupa de las crecidas del Guadalquivir, en el soneto "Cosas, Celalba mía, he visto extrañas"; del olvido y la recuperación del poeta, en los años siguientes a su muerte y en los comienzos del siglo XX; de los sucesivos traslados de los restos de Góngora; de las flores en su obra poética; de la estancia del mismo en Salamanca; de don Antonio Chacón, señor de Polvoranca, recopilador del famoso manuscrito Chacón; de los centenarios del poeta y del pintor Velázquez; de las epístolas familiares y literarias; de los villancicos moriscos; de un soneto navideño y al mismo tiempo de pasión; de una letrilla también navideña (*Córdoba en unas notas*)⁽⁶⁾; de la relación con Luis Carrillo y Sotomayor; de nuevo sobre el sepulcro de Góngora; a propósito de los poemas quevedescos dedicados a Córdoba; acerca de la Navidad y la xenofilia gongorina, visible en sus villancicos; en torno al magnífico soneto dedicado a la patria gloriosa; las referencias a las comidas; la relación con Velázquez y con Villamediana (*Cordobeses en unas notas*)⁽⁷⁾; la perennidad de la creación gongorina; su obra teatral; las opiniones de José María de Cossío sobre nuestro poeta; el cordobesismo del mismo; una traducción de Góngora al checo; la preocupación gongorina por el tiempo, tan barroca y tan intemporal; la motivación del soneto a Córdoba; los sonetos dedicados a don Antonio

³ José María Ortiz Juárez, *Córdoba en unas notas*, Córdoba, Cajasur, 1987.

⁴ José María Ortiz Juárez, *Cordobeses en unas notas*, Córdoba, Cajasur, 1995.

⁵ José María Ortiz Juárez, *Hilar la memoria de Góngora*, Córdoba, Cajasur, 1997.

⁶ Nos referimos a los artículos siguientes del libro indicado: "Los poetas y las riadas", "Góngora de ayer y de hoy", "Góngora se mueve", "Góngora, la Feria y las flores", "Góngora, en Salamanca", "Polvoranca, recuerdo desvaído", "Los centenarios de Góngora y de Velázquez", "Las cartas de Góngora", "Navidad, Góngora y los Moriscos", "Un soneto navideño de Góngora", "Una letrilla de Góngora".

⁷ Son los artículos siguientes: "Carrillo de Sotomayor o dos mares diversos", "Góngora estrena nueva sepultura", "Dos Córdoba en Quevedo", "La Navidad y la xenofilia en Góngora", "El cuarto centenario de un gran soneto", "El bodegón gongorino", "Góngora, Velázquez y algo de Quevedo", "Villamediana y dos poetas cordobeses".

de Pazos, obispo de esta ciudad, y a don Cristóbal de Moura, en sendos trabajos; la fugacidad de la vida humana, expresada al final del soneto a su propio retrato; la glosa a la canción "De la dulce mi enemiga"; otra vez a propósito de don Antonio Chacón; acerca del señor de Zuheros y su bella hija; las églogas piscatorias; los jazmines en la poesía de Góngora; la pervivencia de su lírica; las ausencias que llora el peregrino de las *Soledades* y otros personajes de sus composiciones; lo navideño y la Edad de Oro en diversas letrillas; los poemas fúnebres; la determinación de 1588 o 1589 como fecha para determinados sonetos; la edición del facsímil del manuscrito Chacón; la recuperación del poeta y la fidelidad con que se le honra en el seno de la Academia; el mes de mayo y las flores; el personaje de Angélica en Barahona y en don Luis de Góngora; los importantes estudios de Dámaso Alonso; de nuevo las riadas del Guadalquivir; la preocupación por el tiempo en don Luis y en Calderón; el tema de la Purísima Concepción de la Virgen; la poesía de Herrera como preparación para la de nuestro poeta; las ideas del escritor Rodolfo Gil; el Corpus en Calderón y en Góngora; su presencia en dos antología poéticas, la de Gerardo Diego y la de Ángel Pariente; los clásicos hoy y, entre ellos, el poeta cordobés; la aportación crítica de Artigas; los elogios gongorinos a diversos autores; de nuevo Luis Carrillo y Sotomayor; la relación con el Duque de Rivas; Góngora en el aprecio de Azorín y de Gerardo Diego; nueva revisión de Villamediana; la proyección de Góngora en América (*Hilar la memoria de Góngora*)⁸; etc. Éstas son solamente las que nos han parecido ideas centrales de sus artículos, pero a su lado hay un sinfín de reminiscencias, de evocaciones, de sugerencias matizadas y contrastadas a lo largo de muchos años de lectura y frecuentación de los textos originales, como debe hacer todo el que se precie de estudiar un autor o una época.

Los artículos, breves por lo general, nos dan la "médula liquidada", que diría el clásico, de un asunto que llevaría a cualquier otro a emborronar páginas y páginas. Y esa es una de sus mayores virtudes, junto con el buen estilo en la expresión y una erudición o sabiduría de primera mano.

Si la consoladora idea del místico sueco Enmanuel Swedenborg fuese cierta y existiese un cielo intelectual en el que los escritores, los poetas y los filósofos conversaran eternamente sobre plácidas cuestiones de metafísica o de literatura, ¿quién duda de que en algún rincón célico, en alguna recoleta plaza trasunto de cualquiera otra cordobesa, o al borde de un arroyo rumoroso, no podríamos encontrar a dos egregios cordobeses, don Luis de Góngora y don José María Ortiz Juárez en amena charla? Allí estarían, mano a mano, envueltos siempre en disquisiciones de estilo o de sabia erudición, como los

⁸ Son los artículos: "Luis de Góngora, el poeta de siempre", "Góngora, autor dramático", "Góngora en pequeñas dosis", "Grandeza y servidumbre de Góngora", "Góngora en Praga", "Medir es conocer", "Las razones de un soneto", "Un presidente de Castilla y un soneto de Góngora", "Hilar memoria e hilar lino", "Un grave pensamiento gongorino", "Sentimiento y expresión", "Dañado el nombre gongorino de Polvoranca", "Góngora y el señor de Zuheros", "De églogas piscatorias a guerras pesqueras", "Jazmines en la poesía de Góngora", "La espuma gongorina", "Góngora, cantor de ausencias", "Dos temas de hoy en la poesía navideña de Góngora", "El día del autor de las *Soledades*", "El poeta cordobés Luis de Góngora y Argote en 1588", "Evocación de una fecha gongorina", "Un otoño gongorino", "Un mayo entero", "Angélica entre Barahona y Góngora", "Dámaso Alonso y cuestiones gongorinas", "Los poetas y las riadas", "Góngora y Calderón miden el tiempo", "Tres poetas y una idea", "Herrera en el camino hacia Góngora", "El libro de Góngora", "Góngora y Calderón, poetas del Corpus", "Góngora en dos antologías", "Los clásicos hoy y la academia de Góngora", "Luis de Góngora y Miguel Artigas", "Elogio poético de los libros", "Carrillo de Sotomayor o dos mares diversos", "Góngora y el Duque de Rivas", "Algunos "malos" españoles y un "mal" cordobés", "Góngora y Gerardo Diego", "Villamediana y dos poetas cordobeses", "La escuela gongorina en América".

rubendarianos Cleopompo y Heliodemo, cuya vida transcurre plácida, sin sobresalto, en los siguientes versos del nicaragüense:

Cleopompo y Heliodemo, cuya filosofía
es idéntica, gustan dialogar bajo el verde
patio del platanar. Allí Cleopompo muere
la manzana epicúrea, y Heliodemo fía

al aire su confianza en la eterna armonía.
Mal haya quien las Parcas inhumano recuerde:
Si una sonora perla de la clepsidra pierde,
no volverá a ofrecerla la mano que la envía.

Una vaca aparece, crepuscular. Es hora
en que el grillo en su lira hace halagos a Flora,
y en el azul florece un diamante supremo;

y en la pupila enorme de la bestia apacible,
miran como que rueda en un ritmo invisible
la música del mundo, Cleopompo y Heliodemo.

Otro poeta, de cierta afinidad culturalista con don Luis, el inglés Thomas Stern Eliot, habla de la relatividad del tiempo:

El tiempo presente y el tiempo pasado
Están tal vez ambos presentes en el tiempo futuro,
Y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.
Si todo tiempo es eternamente presente
Todo tiempo es irredimible.
Lo que podría haber sido es una abstracción
Que permanece como perpetua posibilidad
Sólo en un mundo de especulación.
Lo que podría haber sido y lo que ha sido
Apuntan a un fin único, que es siempre presente.

Si esta acronía ideal, a la que nos hemos referido al comienzo de esta remembranza, fuera posible, allí cobrarían sentido los versos dedicados por Luis de Góngora a José María Ortiz Juárez, citados al principio:

Dejad los libros ahora,
señor licenciado Ortiz,
y escuchad mis desventuras,
que a fe que son para oír:
yo soy aquel gentilhombre,
digo, aquel hombre gentil
que por su dios adoró
a un ceguezuelo rüín...

De la misma manera, y haciendo salvedad de algo tan sutil y tan terrible como el tiempo, ¿por qué no podría haberle dedicado uno de sus numerosos sonetos fúnebres?

Con el siguiente, y con toda la nostalgia que se desprende del mismo, queremos decir adiós al maestro y al amigo:

Pálida restituye a su elemento
 Su ya esplendor purpúreo casta rosa,
 Que en planta dulce un tiempo, si espinosa,
 Gloria del Sol, lisonja fue del viento.

El mismo que espiró suave aliento
 Fresca, espira marchita y siempre hermosa;
 No yace, no, en la tierra, mas reposa,
 Negándole aun el hado lo violento.

Sus hojas sí, no su fragancia, llora
 En polvo el patrio Betis, hojas bellas,
 Que aun en polvo el materno Tejo dora.

Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas
 Flores que ilustra otra mejor Aurora,
 Cuyo caduco aljófar son estrellas.

INTERVENCIÓN DE D. MANUEL GAHETE JURADO

Revisando viejos documentos, afán que suscita la curiosidad insaciable de cierta clase de hombres y mujeres, hallé la llamativa memoria de un hecho que por doble razón tañía mi ánimo. Concernía a la celebración en Fuente Obejuna de una suerte de actos literarios y culturales que habrían de celebrarse en la legendaria villa rememorando el Cuatricentenario del nacimiento de Félix Lope de Vega Carpio (1562-1635). Con motivo de tan especial efeméride, el concejo de Fuente Obejuna, presidido por el recién elegido alcalde José Madrid del Cacho que ocuparía la alcaldía durante seis escasos meses, acomete la segunda representación de la universal obra de *Fuenteovejuna*⁽¹⁾, modelo por antonomasia del teatro político, como lo llamara Martínez Bjorkman en las Jornadas de la Real Academia en Fuente Obejuna⁽²⁾; y, sin duda, crisol de la lucha internacional de los pueblo contra cualquier clase de tiranía, ideal enclavado en la perspectiva singular de una época que propugnaba el sentimiento religioso, fluctuante en Lope, y la adhesión a la monarquía, encomiada por Calderón y hasta por el propio Cervantes, aunque éste fuera mucho más circunspecto.

La obra, dirigida en esta ocasión por José Osuna, tenía a Analía Gadé como esencial protagonista en el epónimo macropapel de Laurencia; y se representaba durante los

¹ La primera fue en el año 1956, siendo director José Tamayo. Entonces interpretaba el papel de Laurencia, Aurora Bautista.

² Joaquín MARTÍNEZ BJORKMAN, "Fuenteovejuna, el teatro político" en *Actas de las Primeras Jornadas de la Real Academia de Córdoba en Fuente Obejuna*, Córdoba, Real Academia de Córdoba, Diputación Provincial y Ayuntamiento de Fuente Obejuna, 1996, 143-146.

días 28 al 30 de junio y 1 de julio, en el contexto de una magna celebración que congregaba sucesivas etapas de actuación a lo largo del año 1962. La representación dramática constituía la primera fase, aunque se integraba en el conjunto temporal como un acto clave que incardinaba el certamen literario destinado a ponderar las virtudes de la gesta³) y culminaba en el conjunto de conferencias que habrían de celebrarse entre los días 27 al 30 de septiembre, dedicados anualmente a festejar la figura de San Miguel. En este evento, ya no regiría como alcalde José Madrid sino su sucesor en el ayuntamiento, Carlos López Jurado (1962-1966), un hombre excepcionalmente preocupado por la difusión de la cultura⁴).

En el comité de honor de estos actos conmemorativos, además del Jefe del Estado, los más altos cargos del gobierno nacional y las autoridades civiles y militares de Córdoba, participaba el director de la Real Academia cordobesa, Rafael Castejón y Martínez de Arizala, que ocupaba este cargo desde 1957, figurando en el programa junto a José María Pemán, el ínclito poeta y dramaturgo injustamente olvidado⁵). No sería la del ilustre veterinario la única presencia activa de la Academia en este extraordinario acontecimiento para Fuente Obejuna. José María Ortiz Juárez también acudiría al hito histórico participando en la fase cultural de estos días de septiembre cuya intención primigenia y última era el necesario homenaje al eximio dramaturgo Lope de Vega, como nimio y graciable tributo por la impagable deuda de este pueblo serrano con el Fénix de los Ingenios Españoles.

Manuel Madrid del Cacho, Manuel González Gisbert y Luis Morales Oliver serían asimismo ponentes en estas jornadas que habrían de concluirse el septembrino día 30, con la entrega de premios de las justas literarias y los discursos pronunciados por el mantenedor del certamen, Blas Piñar López, y el gobernador civil de la provincia, José Manuel Mateu de Ros. Un día antes, el 29 de septiembre, José María Ortiz Juárez impartía la conferencia titulada "La provincia de Córdoba en Lope". Faltaba muy poco para su nombramiento oficial como miembro Numerario de la Real Academia de Córdoba, evento que acaecería el 15 de diciembre de 1962, pronunciando en esta ocasión una conferencia que versaba sobre "Bibliófilos cordobeses"⁶).

La vida de los hombres es compleja y nos conduce por caminos divergentes a metas semejantes. José María, en aquel septiembre otoñal de Fuente Obejuna, disertaba sobre Lope de Vega, encarnizado enemigo de Góngora, a quien Ortiz Juárez habría de dedicar muchas de sus mejores páginas. Nadie emula a nadie con el que no tenga un especial vínculo, intelectual, afectivo, anímico. Y es más, en cierto modo, nuestro compañero y maestro José María me recuerda a Góngora: la frente despejada, el ceño adusto, la

³ La entrega de trabajos - con tres modalidades: mejor poema relativo a algún episodio o personaje de la historia o del drama de Fuente Obejuna, mejor trabajo proclive a destacar los valores morales y humanos del drama y el mejor estudio monográfico referente a algún aspecto de la historia de Fuente Obejuna- tenía como plazo final de recepción el 15 de agosto (Programa de Actos en conmemoración del Cuatricentenario de Lope de Vega: "Fuenteovejuna en Fuente Obejuna", 1962).

⁴ Tras Santiago Ramón Robledo, que dejó su mandato en enero de 1962, ocupó la alcaldía de Fuente Obejuna José Madrid del Cacho, sólo unos meses de manera provisional, hasta que lo sustituyó Carlos López Jurado. El relevo debió ser inmediato, porque en la revista ilustrada de feria, editada a finales de septiembre de 1962 se señala que el señor Jurado López "lleva dos escasos meses al frente de la alcaldía" (G. MURILLO LINARES, "Actividad municipal", en *Fons Mellaria*, 120 [Año XIV, 1962], 19).

⁵ Vid. Galería de Académicos, en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 97 (1977), s.n.

⁶ Vid. Galería de Académicos, en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 104 (1984), s.n.

mirada avizora y penetrante, el gesto perspicaz y vívido. Hombres de Córdoba, al fin, que admiradores tácitos del licenciado Lope recelarían de sus livianas pasiones y sus atrevidas maledicencias, dedicados los dos a otras lides más sentenciosas y sesudas.

Góngora, a quien todos nos debemos, le debe a Ortiz Juárez el haber mantenido luciente y flagrante la llama de sus versos. En enero de 1989, José María emprende una tarea que amaba: la dirección del Instituto de Estudios Gongorinos de la Real Academia de Córdoba. Formaba parte entonces de la nueva Junta Rectora, encabezada por Manuel Peláez del Rosal, tras la reciente votación del 15 de diciembre de 1988. Su labor frente a este instituto merecería otro estudio mucho más especializado y riguroso, cuya efectividad y resultados, el pleno de la Real Academia y la cultura cordobesa reconoce. Con su sobria agudeza, el ex director del *Diario Córdoba* Antonio Ramos Espejo, lo denominaba "incansablemente gongorino"⁽⁷⁾. Y Miguel Castillejo lo proclamaría en diferentes ocasiones como "uno de los grandes especialistas cordobeses en la obra gongorina"⁽⁸⁾.

El azar a veces nos lleva a los más extremos opuestos. Todos sabemos que José María ha sido un hombre trabajador e incansable; un investigador inteligente y prolífico; un orador abundoso y al mismo tiempo mesurado; cualidades a las que se sumaron sin medida la lealtad hacia sus amigos y su inmarcesible devoción por la Real Academia de Córdoba que mantuvo hasta el fin de sus días. Él nos enseñó a amarla, como nos instruyó de igual manera en el sendero de la cordialidad y la clemencia, en la fortaleza de la unión y la virtualidad generosa de todas las opciones. Porque en cada mujer y cada hombre fulgura una verdad a veces sorprendente; esa verdad dual y polisémica que María Dolores, su esposa, compartía y forjaba.

Mientras el racionero Góngora proclamaba ante la muerte:

Tome tierra, que es tierra el ser humano⁽⁹⁾

Lope de Vega, mucho más ecléctico, escribía estos versos igualmente inmortales:

¡Oh humana condición, que nos advierte
que no hay seguro bien en esta vida,
porque se va camino de la muerte!⁽¹⁰⁾

Estoy seguro que José María quisiera sentirnos alegres en esta celebración que lo recuerda. Él conocía muy bien nuestro destino porque era, sobre todo, un eminente sabedor de nuestros clásicos, convirtiéndolo este hecho en el más avezado y experto degustador de la poesía contemporánea, tarea que alternaba con el amor de la literatura y la pasión por los hombres de la historia. No sólo me tributó el inmerecido honor de postular mis versos sino que contó conmigo cuando quiso acometer la ardua tarea de una sesión científica dedicada a la Generación del 27. Necesitaría mucho más tiempo para encarecer su figura. No puedo en esta noche más que manifestar mi homenaje

⁷ Antonio RAMOS ESPEJO, "El autor. Desde su altura iluminada", en *Hilar la memoria de Góngora* de José María Ortiz Juárez. Córdoba, Cajasur, 1997, 9.

⁸ Miguel CASTILLEJO Gorraiz, "La colección *Torres de papel*", en *Hilar la memoria de Góngora* de José María Ortiz Juárez. Córdoba, Cajasur, 1997, 8.

⁹ Luis de GÓNGORA, *Obras de don Luis de Góngora. Manuscrito Chacon*. Málaga, Real Academia Española y Caja de Ahorros de Ronda, Biblioteca de los Clásicos, 1991, 34.

¹⁰ Lope de VEGA, *Antología poética*. Barcelona, Orbis, 1983, 205.

íntimo por el investigador y el académico; mi respeto amasado durante estos últimos años por el profesor y el consejero; mi admiración profunda por el amigo y por el hombre. Su estela es tan luminosa que tanto más luce cuanto más insondable es la oscuridad. Dios lo tenga en su gloria.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. RAFAEL VÁZQUEZ LESMES

Sabio hasta la infinitud; franciscano en su sencillez; inquebrantable en sus amistades; sin límites en su generosidad; cautivador con la palabra; socorredor de desvalidos preguntones; amante de todos los saberes; servicial hasta el extremo; Júpiter tonante en las adecuadas ocasiones; fustigador de la injusticia; ponderado en todos sus juicios; a veces irónico y socarrón; grandilocuente como Dios en el Sinaí; firme en sus convicciones religiosas; paradigma paternal en su familia y, sobre todo, trabajador incansable. Así vio y sigue viendo y admirando quien os habla desde esta tribuna a José M^a. Ortiz Juárez, considerándolo como maestro y a quien hoy dedicamos esta sesión en su querida Academia. Quizá se perciba en mi exposición como un juicio cargado de connotaciones subjetivas de quien tuvo el goce de compartir algo de su amistad. Yo no lo considero así; creo que se atiene a una rigurosa realidad.

Hecho este inciso un tanto globalizador de su anchurosa personalidad, me voy a limitar a la glosa de uno de los aspectos de sus amplios saberes, quizá poco conocidos o al menos escasamente comentados. Aquí y en esta noche hemos oído y vamos a escuchar análisis sobre su superlativa capacidad de conocimiento en el campo de la literatura, su especialización gongorina hasta llegar a cumbres inigualables y, por desgracia, no reconocida ni por Córdoba ni por sus instituciones culturales, herida ésta que siempre llevó sangrante, pero asumida y restañada con el estoicismo propio de otro cordobés de sus amores y desvelos. También, sobre su fácil hacer y su agilidad de pluma como destacado articulista en la prensa local; sobre sus aportaciones en otros ámbitos de la literatura; su adscripción y entrega sin límites a la causa inmaculista -cuánta enjundia recibí de sus labios intercambiando impresiones sobre aquel canónigo, Pizaño de Palacios, a quien yo calificara en su momento como un inmaculista maculado-, así como en mil temas más todos ellos perfectamente ensamblados en el disco duro con muchas megas instalado en su bien organizada mente.

Una pirámide triangular invertida puede representar con absoluta nitidez las líneas de sus actividades intelectuales. En el vértice de ella, en este caso el inferior, se erige como punto de irradiación la solidez roqueña de una fe religiosa incommovible conjugándola en perfecta armonía con sus conocimientos científicos. Sencilla dificultad para él y tan ardua de dilucidar para otros. Las aristas generadas se dirigen como intensos rayos de luz a los tres vértices componedores de la base de esa figura geométrica, plasmando en cada uno de ellos a la literatura, la historia y Córdoba, sus tres grandes amores y sus tres grandes devociones, perfectamente imbricados y estudiados no como elementos de investigación aislados uno de otro, sino en perfecta unión y comunión, vinculándolos en tiempo y espacio.

Sin poder discernir una temática de otra, puesto que sus planteamientos de los temas responden a la visión humanística y, por tanto, globalizadora de José M^a. hemos de destacar aquí su profundo amor por la Historia, plasmada especialmente en los hombres de su tierra que fueron protagonistas de ella, en ella y fuera de ella, a lo largo de los tiempos, sin implicar una visión aldeana y localista, pues buen cuidado tuvo de saber enmarcarlo todo en el contexto histórico general del momento. Su pasión por los Austrias, singularmente encarnada en la persona de Felipe II, a quien tanto admiró, siguiendo sus avatares por Córdoba y escudriñando los pormenores de la celebración de Cortes durante su estancia en nuestra ciudad. No escasa influencia tuvo en este aspecto el cariño profesado a su leal cronista Ambrosio de Morales. Fiel a estas convicciones, fue el que en nuestras tertulias de café me impulsó y animó a hacer realidad ese Congreso dedicado a su memoria en esta docta Casa, conjugando la historia con la literatura y que tanta repercusión tuvo en el ámbito local. Otra de sus pasiones inquiridoras se plasmó en el estudio de la Ilustración y los ilustrados, de acá y acullá. Sus palabras dedicadas a la figura de Carlos III, representante de esa corriente de pensamiento, en el Congreso de Nuevas Poblaciones conmemorativo de la muerte del monarca, a petición de quien os habla, fueron una demostración de sus conocimientos y de su predilección por esa época. ¡Qué decir de su profundo entendimiento sobre los escritos del ilustrado Sempere Guarinos, no sólo referidos a la literatura, sino también a la historia y a la economía!. Sacó a la luz, sin que hasta hora se haya llegado a profundizar sobre la temática, persistiendo aún como asignatura pendiente y sugeridora en sumo grado, el estudio sobre los ilustrados cordobeses, desde fray Marcos Cabello, posterior obispo de Guadix-Baza, representante del jansenismo cordobés asentado en la Escuela del convento de San Agustín de Córdoba, hasta el Virrey Caballero y Góngora, pasando por D. Pedro de Barcia, Muñoz Capilla y el médico y astrólogo Gonzalo Antonio Serrano.

Otra de las facetas más caras a José M^a. fue su tendencia a investigar sobre la vida de personajes cordobeses vinculados a la institución eclesiástica, sobresalientes en su quehacer cotidiano dentro de la labor pastoral y en su aportación al campo del pensamiento y de la historia. Entre sus elegidos se encuentran los obispos Siuri y Mardones; fray Juan de Almoguera, el "obispo del libro", defensor de indios y el compañero y antecesor en la crónica real de Ambrosio de Morales, Ginés de Sepúlveda, de cuya obra fue un gran conocedor y, en este caso, con el reconocimiento unánime y oficial de todos. Sus nombres suponen sólo una mínima muestra de su interés y dedicación en este campo.

Por último, su especialísima atención dedicada a los problemas y estudio de las mentalidades dentro del ámbito eclesiástico, singularmente los relacionados con la Inquisición. De ahí su interés desmedido en los Indices de Libros Prohibidos, desde el publicado por Valdés en 1551 hasta el de Rubín de Ceballos, de 1790, pasando por los del cardenal Quiroga y el de Sandoval. Y no por pura recreación, sino escudriñando la senda de aquellos escritores cordobeses incluidos en ellos por el Sto. Oficio. Ése fue su último y gran planteamiento investigador, al menos así me lo manifestó en más de una ocasión y que, por desgracia, ha quedado inconcluso. Lástima que no podamos gozar de sus elucubraciones y conclusiones en torno al pensamiento teológico, dogmático y moral de estos personajes cordobeses que brillaron con luz propia en el campo del saber de su tiempo..

Más, muchísimas más fueron sus aportaciones en sus inquisidores recorridos por el anchuroso campo de la historia. Pero hemos de poner punto final aquí. Sólo añadir mi admiración y fidelidad hacia José María, en quien encontré siempre al maestro de la

palabra con quien disfrutar conversando, al consultor siempre dispuesto a satisfacer interrogantes y sobre todo, al amigo con quien compartir inquietudes intelectuales y personales.

Que estas reflexiones sobre su personalidad sirvan de orgullo y consuelo a su familia ante su pérdida y sepan que siempre le recordaremos tal cual fue y tal como actuó a lo largo de su periplo vital. Para poner punto final, rememoremos aquí un aforismo senequista, a quien tanto admiró, entresacado del libro séptimo de *Las cuestiones naturales*. Dice así: "El sol no tiene espectadores, sino cuando se eclipsa". Aplicado en el caso de José María, añadiremos que, en contra de la opinión de su egregio paisano, no sólo mantiene admiradores ahora, cuando rememoramos sus vivencias aún palpitantes y las echamos de menos, sino también durante el dilatado ejercicio de su brillante plenitud vital.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ

Este acto académico *in memoriam* del Ilmo. Sr. D. José M^a Ortiz Juárez tiene una finalidad primordial: rendir un merecido homenaje académico a la memoria de nuestro querido amigo y colega difunto. Cada intervención va aportando diferentes teselas de este magnífico mosaico que conseguiremos al final de todas ellas, si somos capaces, entre todos, de hacer una descripción suficientemente objetiva de la riquísima y policroma personalidad de D. José María.

Pues bien, a la vista del elevado número de intervinientes que esta noche pretendemos esbozar la semblanza del hombre y del académico, cuando me puse a hilvanar estas ideas, decidí ceñirme en la medida de lo posible a mi perspectiva particular para, en aras de la brevedad impuesta por las circunstancias, casi telegrafiar mi mensaje. En primer lugar, quiero dejar testimonio de mi estima y admiración personal por José María, hombre de inteligencia generosamente dotada, siempre sobrado de memoria, profesor egregio por vocación y oficio, trabajador infatigable y lector irredento enamorado de su quehacer diario. Sin duda en mi consideración pesó bastante mi convicción de su profundo amor y conocimiento de la cultura clásica en general y latina en particular. En varias ocasiones tuve la suerte de cambiar impresiones con él acerca de algún autor clásico latino y puedo dar fe de sus siempre atinadas observaciones. Pero, aun siendo importante este dato para mí, lo que más me llamaba la atención era que esas observaciones, en un buen número de casos, no reproducían opiniones de otros críticos o comentaristas, sino que eran el fruto de la lectura directa del texto latino. Y no me refiero sólo a un autor como Virgilio, todavía bastante conocido; en la relación hay que incluir también a Séneca, Lucano, Marcial, Horacio y otros.

La convicción de sus amplios conocimientos sobre la influencia de estos autores latinos en nuestros clásicos fue lo que me llevó a intentar organizar un ciclo de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras con su participación. Se lo hice saber y aceptó encantado la invitación. Después las circunstancias no fueron de inmediato suficientemente favorables al proyecto y al poco tiempo su salud comenzó a decaer preocupantemente. Lamento, y lo hago aquí públicamente, no haber podido disfrutar

en la Facultad del magisterio de quien andaba sobrado de méritos para haber ejercido en el alma mater.

Como acabo de decir, yo estaba convencido de su capacidad para leer a los autores latinos clásicos en su propia lengua, y a ello quería referirme aquí ante ustedes; pero me asaltaba una duda imposible de resolver con la información de que disponía: qué autores latinos conocía realmente. Ese fue el motivo por el que le pedí a Dolores autorización para visitar, mejor, asomarme simplemente a lo que yo presuponía su rica biblioteca, para poder dar fe ante ustedes del alcance de ese conocimiento de autores latinos. En esa corta visita sólo dediqué unos minutos, los imprescindibles, a recorrer rápidamente las apretadas, ubérrimas estanterías, sin apenas tocar un libro, fiel a mi objetivo de descubrir simplemente los autores latinos que D. José M^a poseía en su biblioteca. En esos minutos viví una experiencia realmente extraña: de una parte, como amante del libro, sentía una enorme curiosidad y tentación de hojear con avidez ese gran número de libros antiguos, muchos de ellos forrados en pergamino; pero, de otra, me embargaba la sensación de estar violando la intimidad de nuestro querido y admirado amigo José María.

Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que la biblioteca de una persona estudiosa es un reflejo de su propia alma: entre la proliferación de títulos de las mejores ediciones de nuestros clásicos, se me iba dibujando la semblanza del hombre de sólida formación literaria; pero las estanterías están también repletas de testimonios de una profunda religiosidad, como lo certifica la abundancia de vidas de santos, documentos pontificios y comentarios patrísticos (en latín) de libros bíblicos; se palpa la presencia del hombre en el que predominaban los valores propios del *mos maiorum* de los romanos: la *pietas* (respeto), la *fides* (lealtad), el amor a la patria, al hogar y la familia (la *domus*) y ¿cómo iba a faltar el testimonio de su acendrada devoción mariana? En verdad, constituyó para mí una sorpresa más, pero allí se encuentra, entre tratados y bulas pontificias, el conocido comentario que hizo el teólogo franciscano escocés J. Duns Escoto de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, en el que, todavía en los albores del siglo XIV, defiende la concepción inmaculada de María con tal ahínco y éxito dialéctico, que le valió el sobrenombre de "*Doctor marianus*" y "*Doctor Inmaculatae Conceptionis*". Tampoco faltan tratados de Sto. Tomás o S. Buenaventura y, por supuesto, todos ellos en latín.

En cuanto a los autores latinos clásicos, allí tienen su sitio reservado los Virgilio, Cicerón, Séneca, Lucano, Tito Livio, Horacio y Marcial. Destacan también por su extraordinaria importancia los, al menos, 10 volúmenes de la *Bibliografía hispano latina*, de Menéndez Pidal, obra absolutamente imprescindible para los interesados en conocer no sólo a los autores latinos, sino también su proyección a lo largo de toda la historia de la literatura hispana. Pero el texto que, a mi juicio, demuestra con mayor solvencia el elevado conocimiento de la lengua latina que poseía D. José María, son los dos volúmenes de la magnífica edición de J. Gil del *Corpus Scriptorum Muzarabiorum*, los textos de nuestros mozárabes, de lectura difícil y de los que, como ustedes saben, hasta hace muy poco tiempo, sólo se habían traducido las obras de S. Eulogio; y nadie cree que los adquiriera D. José María sólo para que adornasen su ya nutridísima biblioteca, pues el uso ha dejado su rastro típico en estos libros, de encuadernación deficiente. Pero además, también da fe de sus asiduas lecturas latinas un ejemplar del benemérito diccionario latino de Raimundo de Miguel, totalmente desencuadernado por el frecuente uso.

Con todo, es la cuidadísima y sabia selección de sus libros lo que más me llamó la atención; es ahí donde se demuestra la calidad del maestro que siempre llevó consigo

José María.

En fin, debo concluir este mi apresurado testimonio y homenaje personal a la memoria de mi admirado colega y querido amigo, al que me dirijo parafraseando el *Cántico Espiritual* de S. Juan de la Cruz, que él tanto admiraba y que sabía de memoria:

Tu alma se ha empleado,
y todo tu caudal, en su servicio;
ya no guardas ganado,
ni tienes otro officio,
que ya sólo en amar es tu ejercicio

José María, que Dios te tenga en la gloria en que tú siempre creíste y por la que tanto te esforzaste; y que tu fe nos sirva de ejemplo a todos los que tuvimos la suerte de conocerte. Descansa en paz.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS

Excmo. Sr. Director,
Ilustre Cuerpo académico,
Querida familia de don José-Maria, especialmente Dña. Dolores, auténtica coparticipe del fecundo proyecto vital de su marido,
Sras. y Sres.:

Del conocimiento de la vida y la obra de don José-Maria Ortiz Juárez, temas tratados desde distintos aspectos por los compañeros académicos que me han precedido, pueden desprenderse dos conclusiones. La primera, el reflejo de su propio pensamiento que resume esta frase de Séneca: "A la opinión y fama démosle su lugar debido; que no pretendan guiarnos sino que nos sigan". La segunda, lo real del auténtico polifacetismo de nuestro homenajeado.

Y sin pretender dar una lección de gemología y mucho menos caer en el ditirambo, me atrevo a sugerir que bien pudiéramos comparar a nuestro compañero desaparecido con el brillante, preciosa talla de ese elemento natural, el carbono puro cristalizado, que es el diamante, el más valioso de los bienes humanos, al decir de Plinio; el *Chamir* de la Biblia, término que en el *Libro de Ezequiel* se traduce como símbolo de tenacidad; el *Adamas* griego, que implica la cualidad de indomable.

El brillante, verdadera quintaesencia diamantina tras el proceso de su talla, es el paradigma del polifacetismo: una faceta superior, octogonal, rodeada, de 32 más pequeñas, triangulares y cuadrangulares y continuada con ocho caras laterales que conforman una pirámide ligeramente truncada. Su valor, como todos sabemos, depende, además de su talla, de su pureza y transparencia.

Un auténtico brillante pues, diáfano, de "roca antigua" como se les llama a los más bellos de procedencia india o brasileña, es el símil perfecto de la persona y personalidad de don José-Maria.

Su faceta principal, la octogonal, representa indudablemente su bonhomía, conjunto de las múltiples cualidades que se reflejan en las caras triangulares y cuadrangulares que a aquélla circundan: esposo fiel, padre amantísimo, leal amigo, buen compañero, adornado de sabiduría, sensatez, nobleza, honestidad, rectitud, humildad, carácter, tenacidad y también un punto de socarronería.

Las ocho facetas laterales del brillante de su personalidad fueron, en su vivir, la Academia, su acendrado humanismo, su doble dedicación de profesor y maestro a la docencia ya la investigación; sus elevadas dotes de comunicador como escritor y conferenciante y, por fin, dos más: su pasión por Góngora y su profundo sentimiento mariano.

Y es esta faceta principalísima de su persona la que quisiera destacar hoy, brevemente, eso sí, tanto por imperativos de tiempo como por hacer mío este pensamiento de Paul Valéry: "La gloria de un hombre exige que su mérito pueda ser explicado en pocas palabras".

Su profundo sentimiento mariano lo manifestó repetidamente don José-Maria, a lo largo de su vida, en su diario quehacer de académico, docente y publicista, tratando muchas veces, con extraordinaria unción, temas referidos a la Madre de Dios, abordados desde la literatura, la historia y el arte.

Convencido immaculista, fue durante muchos años el verdadero mantenedor del culto a la Purísima Concepción en esta Real Academia, en las sesiones extraordinarias de diciembre, siguiendo la tradición marcada, desde 1944, por don Daniel Aguilera Camacho y el maestro Priego López. Tal vez el amor a la Virgen, especialmente en el Misterio de su Concepción Inmaculada, fue uno de los motivos de nuestra especial comunión y amistad. Él, en la sesión de diciembre de 1999 -tras su última intervención mariana, *María, Madre amable*- me instó, más bien nos instó al P. Segundo Gutiérrez y a mí -como si tuviera la premonición de no poder hacerlo, ya, él mismo- a esforzarnos en perpetuar la anual conmemoración de la Purísima en nuestra Academia.

He revisado nuestro Boletín intentando encontrar sus conferencias al respecto, sin que me acompañara la suerte y es que don José-Maria, la mayoría de las veces, no leía sus discursos sino que basándose en un sencillo guión, que casi nunca consultaba, exponía con su cálido acento y su prodigiosa memoria -saber es acordarse, decía Aristóteles- cualquier tema que tratase.

Consulté las actas de los últimos veinte años y en ellas sí que pude, al menos, encontrar los títulos de sus comunicaciones sobre la Inmaculada. Frecuentemente trató de la poesía mariana desde Gonzalo de Berceo y los trovadores provenzales del siglo XIII, hasta el de Oro de Góngora y Lope de Vega. En alguna ocasión hizo incursiones en el Arte, como en la sesión de 1982 en la que trató *El tema de la Inmaculada en Murillo*; otras veces, rescataba advocaciones marianas cordobesas semiolvidadas o se solazaba en exaltar a las Vírgenes de Villaviciosa y Linares; o se introducía en el devenir histórico del immaculismo, desde la Patrística hasta la declaración del dogma por Pío IX, pasando por la eterna controversia, arreciada en los Concilios de Basilea y Trento.

Ahora, ya en el cielo, por fin junto a Aquella a quien "Deus non pode dizer non", como afirmara el Rey Sabio en sus *Cantigas*, podrá recitar a dúo con el Arcipreste de Hita la devota plegaria a la Madre de Dios que inicia el tema mariano de su *Libro del buen amor*:

"Sancta María,
lus del día,
tú me guía
toda via"

o piropeará a la Madre celestial con los versos de Alfonso Álvarez de Villasandino:

"..generosa, muy hermosa
sin manzilla, Virgen Santa,
virtuosa, poderosa,
de quién Lucifer se espanta.."

o con el tributo floral que le ofrendase Ferrand Manel de Lando:

"..preciosa margarita
lirio de virginidad.."

o con los sencillos versos de Lope de su *Romancero espiritual*:

". .zagala divina,
bella labradora,
boca de rubíes,
ojos de paloma.."

y afirmará su devoción a María recitando estos versos de Fray Luis de León:

"..Nací para ser tuyo;
viviré si esta gloria conservare;
la libertad rehuyo
y mientras respirare
olvídate de mí si te olvidare.."

y, al fin, ratificará su inmaculismo cantando con el sevillano Miguel Cid, el estribillo de aquella coplilla que estuvo tan en boga en la España de los primeros años del siglo XVII:

Todo el mundo en general,
a voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.

Seguro que don José-María ya habrá contactado en el cielo con muchos de los denodados defensores del dogma que se sucedieron en la historia: San Andrés de Creta, Raimundo Lulio, Duns Scoto, el carmelita Juan Bacon, el agustino Tomás de Estraburgo, los campeones del Concilio de Basilea, Fray Pedro de Perqueri y Juan de Segovia y el Cardenal Pacheco, paladín de inmaculismo en Trento. Especiales y más dilatadas tertulias, por razón de paisanaje, habrá mantenido con don Fernando de Cabrera, obispo de Córdoba, quien en 1350, fue el primer prelado de todo el occidente cristiano, en instituir como fiesta en su diócesis, el día ocho de diciembre y con don Álvaro Pizaño de Palacio, primer defensor de la Purísima Concepción de María en el cabildo del obispo Mardones

Don José-María Ortiz Juárez, mariano e inmaculista, ha cambiado la vida por la felicidad eterna. Y nosotros, esta noche, en su Academia, en nuestra Academia, uniéndonos al sentir de su familia. no tendremos por menos que recordar, una vez más, este pensamiento de Jacinto Benavente: "Nunca como al morir un ser querido, necesitamos creer que existe el Cielo".

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN CRIADO COSTA

Mucho y bueno se ha dicho hoy y aquí del Ilmo. Sr. D. José M^a. Ortiz Juárez. Aquí, en esta Casa, que fue durante muchos años "su Casa". No es para menos. José M^a. sintió la vocación de Académico, indisolublemente unida a su profesión de docente de la Literatura. Fue un Académico que cumplió, que asistió con asiduidad a las sesiones, ocupando los cargos que la Institución le encomendó en cada momento y participando con sus valiosas intervenciones en sesiones ordinarias, en actos solemnes, en jornadas, en congresos... donde su verbo cálido y su prodigiosa memoria brillaban esplendentes y dejaban admirado al auditorio.

Conocí a José M^a. cuando tocaba a su fin el año 1968 y no pasábamos de media docena los profesores de Literatura que ejercíamos en los centros docentes públicos de la capital. Coincidimos algunos años, aunque pocos, en el claustro de la Escuela Normal, cuando se dejaba de satanizar la coeducación y la enseñanza cobraba tintes nuevos.

Me confió a algunos de sus hijos en el Instituto "Averroes", recién inaugurado entonces, y a otros en la Escuela de Magisterio del Sector Sur.

En la avenida de Cádiz, donde vivía, lo visité en repetidas ocasiones para consultar libros de su nutrida biblioteca, que me sirvieron en la redacción de la tesis doctoral. Incluso, con una generosidad encomiable, me proporcionó documentos inéditos que recojo en ella. Desde aquí se lo agradezco una vez más.

Cuando, de la mano de Gómez Crespo, de Castejón Martínez de Arizala y de Muñoz Vázquez, ya desaparecidos, llegué a esta Casa en enero de 1975, intensifiqué mis contactos y mi relación con José M^a. y con su hermano Dionisio, caso insólito de dos Académicos hermanos e hijos de otro Académico: el matemático Dionisio Ortiz Rivas. Una familia, en dos generaciones, integrada en el alma de la Academia y no sólo en el cuerpo académico.

A partir de esas fechas hablamos frecuentemente de Literatura, de la Academia, de las grandes figuras de ambas. Hombre de amplios conocimientos, vertía anécdotas sabrosas y útiles consejos en la conversación.

El tema inmaculista y el tema gongorino fueron recurrentes en sus intervenciones... hasta que la enfermedad se cebó en él, como pudimos comprobar quienes lo acompañamos en ocasiones en la clínica y en su domicilio último.

La Inmaculada de sus estudios y el patrón laico de la Academia, Luis de Góngora, lo tienen ya, a no dudarlo, en el lugar que se merece.

Su memoria permanece aquí, en esta "su" Casa.

INTERVENCIÓN DE D^a. MARÍA ASUNCIÓN ORTIZ ANDRÉS

Excelentísimo Sr. Director, Ilustre Cuerpo Académico, compañeros y amigos de mi padre, señoras y señores:

Como hija mayor de José María Ortiz Juárez, me hago portavoz de toda la familia en esta sesión de la Academia dedicada a su memoria.

En primer lugar agradecemos de corazón lo que significa este hecho, en consonancia con lo que siempre significó para él la vida y la actividad de la Real Academia de Córdoba.

Desde que ocupara por primera vez su sillón como Académico Numerario en esta ilustre Casa el 15 de diciembre de 1962, escucharle expresiones como "tardes de los jueves" y "sesiones de la Academia"; o saberlo preparando "trabajos para la Academia" y "salidas con la Academia", formaron parte del convivir cotidiano de todos nosotros desde niños.

Deseamos tener hoy un recuerdo agradecido para el entonces Cronista de la ciudad, ilustre Académico Don José M^a. Rey Díaz, que con tanto afecto y deferencia quiso contestar a su discurso de ingreso sobre "Bibliófilos cordobeses" -como aquí se ha recordado-. Sabemos que aquélla fue la última salida que "Don José Rey", como familiarmente lo conocíamos, realizó en la vida. Probablemente consciente de que así sería.

Siempre pudimos escuchar de mi padre palabras de respeto y admiración hacia la Academia, hacia todo lo relacionado con ella y, especialmente, hacia sus compañeros los Académicos.

En relación con la Academia, todos nosotros hemos podido compartir con él sueños y proyectos, y, en su pedagogía de padre y maestro, la alegría y la satisfacción del trabajo bien hecho, el esfuerzo gratuito y generoso y la importancia de la palabra empeñada.

Al día siguiente de morir mi padre, nuestro buen amigo Miguel Salcedo -y es el mejor título que hoy podemos brindarle- escribía: *"ya habrá tiempo y días de encadenar tristezas mediante sesiones necrológicas"*. Pero, a pesar de encontrarnos hoy en una sesión necrológica, no es precisamente esta frase la que quisiéramos subrayar de aquel artículo escrito tan "en primer plano", sino lo siguiente: *"José M^a. necesitaba escribir y repartir los ingentes conocimientos que atesoraba, de la misma manera que respirar. Su natural modestia le impedía adjudicarse honores. Quizá por eso no flotaba entre nubes de incienso ni buscaba momentos para destacar. Se sabía nacido para estudiar y contemplar y no para brillar y ser contemplado"*.

La penosa y dura enfermedad que marcó el último año de su vida le permitió, sin embargo, la posibilidad de expresarse, de utilizar lúcidamente hasta el último momento de su vida, el don más preciado para él: el don de la palabra. Dios quiso que así fuera.

A pesar de ello, su primera gran renuncia quedó estrechamente relacionada con esta ilustre Casa: la de no poder participar en la sesión anual en honor de la Inmaculada Concepción de María. En estas sesiones siempre intervino con especial dedicación y cariño.

La invitación para la correspondiente al jueves anterior a la fiesta de la Inmaculada del año 2000 llegó a casa con su nombre y el título del tema elegido por él para ese año: "Ave María". Solamente, y por suerte, conservamos el guión que pensaba haber desarrollado.

Hoy, todos nosotros agradecemos esta sesión-homenaje en su memoria y su recuerdo, y muy especialmente las palabras de los Sres. Académicos que han tenido a bien intervenir. Pero agradecemos, no sólo las palabras, sino también y sobre todo, el sentimiento, la sensibilidad y la nobleza que han encerrado cada una de sus intervenciones.

Muchísimas gracias en nombre de toda la familia de José M^a. Ortiz Juárez.